



LO QUE VEMOS

JULIAN PEÑA

BARRIO

Vamos a ver lo que vemos—empecemos con una redundancia—en el Barrio del Retiro o de Alfonso XII, que de ambas maneras lo conocemos los madrileños. El sobrenombre de Barrio Griego, con que lo bautizara Fernando Chueca en su "SEMBLANTE DE MADRID", estupendo libro de viajes urbanomadrileños, no ha alcanzado popularidad, pese a lo bien que, indudablemente, le cuadra.

Primero vemos, sobre un plano, sus claros límites dentro de la ciudad. Al Norte, la calle de Alcalá; al Este, la calle de Alfonso XII; al Sur, la Cuesta de Claudio Moyano; al Oeste, el Paseo del Prado. Estos límites tienen, cada uno, sus peculiaridades y características propias, sobre las que vamos a divagar.

El límite Norte es el más claro y acusado. Todo él ya no es el Barrio. Las casas de la acera derecha de la calle de Alcalá—Correos, una de viviendas (también de Palacios), el Instituto de Previsión...—pertenecen a la calle y no al Barrio.

Por el contrario el límite Este, calle de Alfonso XII, es del Barrio, en toda su extensión. Todos los edificios de esta calle son, además, del Barrio. Es seguro que si este número monográfico se hubiese realizado hace algunos años, antes que la calle cambiase su ambiente de paseo, con sus dos aceras, amplias y doblemente arboladas, por su actual pinta, expresión que empleo adrede en sentido peyorativo, de pseudoautopista interurbana, el Parque del Retiro, vecino, hubiese sido adjudicado al barrio. Hoy la

La plaza de la Lealtad y la calle de Antonio Maura. Se aprecia la importancia de las dobles alineaciones arbóreas en las aceras y, muy acusadamente, la diferencia entre las distintas estaciones del año en cuanto a la jugosidad que aportan al paisaje urbano los árboles con sus verdes hojas.

vía rápida de comunicación entre distintas zonas de la ciudad, con su gran caudal de tráfico rodado, que es la calle, separa muy claramente al barrio del Parque, haciendo poco grata su utilización por los vecinos. Vemos que el Parque, ahora, se utiliza más por madrileños de barrios alejados, que vienen hasta él en sus automóviles los días festivos; que, diariamente, por los de los barrios próximos, a los que resulta poco agradable cruzar las calles que lo rodean. El Retiro, parque de capitalidad y no de uso vecinal, como antaño.

La Cuesta de Claudio Moyano—¿qué fue de su estatua?—, con sus viejos puestos de libros de lance, nos da el límite Sur, incluyendo al Jardín Botánico dentro de él. Esta calle tiene un carácter muy singular. Su conservación con él nos parece deseable.

El Jardín Botánico resulta hoy fácilmente accesible, aunque por partes. Aquí interviene el concepto de la relatividad. Es fácilmente accesible, si lo comparamos con épocas pretéritas. Todavía no lo es suficientemente, según nuestros deseos.

No hace muchos años que el acceso al Parque era prácticamente imposible. Había que solicitar un permiso y obtener una tarjeta, que luego se renovaba... Se le consideraba como jardín científico y cultural, y sólo podía accederse a él para realizar estudios e investigaciones. Simplemente para tomar el sol y contemplar los magníficos ejemplares de árboles y arbustos que posee en gran número, sin demostrar curiosidad alguna por el nombre latino de los mismos, no se consideraba oportuno. Después, afortunadamente, se juzgó plausible su apertura; y, así se hizo, tras de una denodada campaña de Prensa. Se abrieron sus dos puertas y el ciudadano pudo entrar libremente. Por estas fechas que vivimos solamente está abierta, no sabemos por qué, la bellísima que se enfrenta con el Museo del Prado, en la plaza de Murillo. La del paseo permanece cerrada a cal y canto. Vemos entonces a las buenas gentes sentadas en fila en el basamento de la verja; algunos, personas de edad, les debe resultar hasta incómodo dar una gran vuelta para poder entrar. Abriendo de nuevo la puerta se conseguirían dos cosas: primera, dar un acceso más directo y fácil; segunda, que se arrojasen menos papeles y desperdicios desde la verja al in-

terior del jardín, al tener seguramente menos usuarios el gran banco corrido, en que se convierte, por la tarde, aquélla. Si existe alguna dificultad en la apertura de la puerta, que se me oculte, creo que no debe haberla, en limpiar las cercanías de la verja.

Pero lo que sí sería conveniente es, a mi juicio, dar mayor permeabilidad al jardín. Permeabilidad visual y de penetración. A lo largo de toda la calle de Alfonso XII el cerramiento es opaco hasta una altura que impide al paseante ver el jardín. Se podría sustituir por otro más transparente que nos facilitase, además de esta vista próxima del jardín, las lejanas del caserío madrileño, la otra ladera.

Tampoco me parece idea descabellada la apertura de una nueva puerta en la cuesta de Moyano, entre dos puestos de libros; de esta forma se podría, a través del jardín, ir o venir, de la dominical búsqueda de libros, quien la haga. Sería un itinerario muy agradable y ameno, no me cabe la menor duda.

Estamos hablando de los límites. Conviene decirlo: casi nos hemos perdido deambulando por el Jardín Botánico. Veamos ahora el límite Oeste, también verde como los dos anteriores, el Retiro y el Botánico, uno fuera y el otro dentro del barrio, para nosotros. Aquí hay mezcla de ambas cosas. Creo que el paseo del Prado tiene carácter muy diferente después de su última y acertada reforma, en sus dos tramos. En el primero, Cibeles-Neptuno, la fuerza de la Fuente de las Cuatro Estaciones obligó a realizar la composición, me parece, contando con ella como base. Se hizo y bien, y, como consecuencia, tiene vigencia propia, despegándose del otro lado del paseo con el Obelisco del Dos de Mayo, también con personalidad en sí mismo y en su ámbito espacial. Por el contrario, el otro tramo del paseo, Neptuno-Atocha, está todo él fuertemente ligado, desde el punto de vista de composición, con el Museo. Conviene señalar el gran acierto que, desde este punto de vista representa el monumento a Eugenio d'Ors, factor fundamental de esta agregación psicológica. Entonces, para nosotros, todo este segundo tramo lo englobamos en el Barrio, mientras que del primero solamente cogemos la mitad oriental!

Ya hemos recorrido los límites del barrio, deteniéndonos con algunas consideraciones

que nos parecían oportunas. ¿Entramos dentro para ver algo? Me parece muy bien la idea, y así lo hago, invitando a que me sigan. Pero ahora viene a cuento hablar del día y la hora en que vamos a hacer la visita. Porque, resulta claro, que vamos a hacerla andando, a pie; y no va a resultar igual si lo hacemos un día de labor, o un día feriado; ni si lo hacemos por la mañana, o a la caída de la tarde; ni si lo hacemos en mayo, con un buen día de sol; o en noviembre y lloviendo.

Escojamos, nadie nos lo impide, un día y hora con las condiciones para mí óptimas. Mes de abril; día, domingo; hora, once de la mañana; clima, día de sol, con ligera brisa.

Vamos a acercarnos desde nuestra casa en el coche, y a dejarlo estacionado donde más nos apetezca. No hay problema: hemos escogido un domingo de primavera con sol, y nuestros convecinos se encuentran en las calles de tráfico rápido de la ciudad, haciendo cola para llegar a Puerta de Hierro, para, después, seguir, como ahora se dice, "en caravana", hasta la vecina Sierra. ¿Dejamos el coche delante de la Bolsa? Por ejemplo, el sitio, nos puede valer. Estamos en la plaza de la Lealtad, que, no es por nada, pero está muy bien. El Hotel Ritz, la Bolsa, el Monumento a los Héroes del Dos de Mayo... Los jardines que rodean al monumento son muy gratos, cuidados y con vegetación variada y policroma. Nos sentamos en el basamento de la verja del monumento, como hacen otros en el Botánico, y observamos. Disfrutamos de una gran paz y tranquilidad: la circulación es prácticamente nula. Miramos por la embocadura que nos proporciona la calle de Antonio Maura y vemos, enmarcada por una doble alineación de plátanos a cada lado, una perspectiva lejana del Parque del Retiro, con la puerta de acceso al paseo de las estatuas, en primer término. Entonces pensamos en lo bien que haría que estas dos zonas verdes, el Parque del Retiro y el paseo del Prado, se unieran lo más posible, con elementos de este mismo carácter. Nos parece que, en este sentido, la calle de Antonio Maura tiene condiciones especiales que la hacen muy adecuada para el fin propuesto. Para empezar, tiene las dobles alineaciones de plátanos, de sus amplias aceras. Nos falta ajardinar



Distintos aspectos del Jardín Botánico,
por dentro y por fuera.

parte de éstas robando incluso, ¿por qué no?, superficie a la calzada, para dar mayor importancia a los nuevos jardines. Podría también ponerse una zona ajardinada central... Claro está que pensar no cuesta nada, y por eso lo hacemos sentados en el basamento del Monumento a los Héroes del Dos de Mayo. Desgraciadamente, el porvenir probable que vaticino para la calle de Antonio Maura es el siguiente: se reducirán las aceras, talando o transplantando, en este caso da igual, una línea de árboles de cada una. Después se organizará la superficie disponible, para que pueda acoger al ma-

yor número posible de automóviles, dejándola convertida en un garaje al aire libre, como una calle de Claudio Coello cualquiera, que suele decir un amigo mío. Ante la masificación de la gran ciudad y la progresiva uniformidad de sus ambientes, considero muy importante la defensa de las calles singulares, acentuando, en lo posible, los signos diferenciales de las mismas. Por eso quiero insistir señalando la mejora que representaría para la ciudad el conseguir una mayor unión entre Prado y Retiro a través de las calles que suben desde el paseo al parque. De ellas Antonio Maura, Es-





Arriba, a la derecha, un «levante» muy curioso; en la otra fotografía, sobre el Museo, el edificio de Sindicatos; a la izquierda, una casa de dos plantas, de arquitectura muy singular, y que parece abandonada.

El Museo del Ejército, el Casón del Buen Retiro, la Academia de la Lengua, la iglesia de los Jerónimos y el Museo del Prado forman, unidos por un tejido urbano muy libre, con abundante vegetación, y sobre una topografía movida, quizá el conjunto ciudadano de mayor empaque de Madrid; conjunto que se traba con una escala muy menuda característica, de la Villa.

palter y Montalbán—esta última hoy garage—son las fundamentales. Todo es posible hasta que estas líneas lleguen hasta “quien corresponda” considere la cosa viable y la sugerencia se lleve a la práctica. Entonces si algún día viésemos la calle de Antonio Maura convertida en una vía-parque tendríamos que exclamar sorprendidos: “¡Se ha “dao” un caso!” (Esto lo dicen en Aragón cuando, jugando al tute, se hacen seguidas tres bazas de as, tres y rey del mismo palo, sin que fallen a este último.)

Subimos andando por Antonio Maura. Cruzamos la calle de Alarcón. Calle muy singular. En ella vivió don Pío Baroja. Su final, entre la iglesia de los Jerónimos y el Museo del Prado, es de una gran belleza. En el mencionado libro de Fernando Chueca se dice todo lo que hay que decir de esta calle; no hay nada que añadir, como no sea que se ha establecido un tablao flamenco en ella y que al final han surgido algún que otro edificio de oficinas.

Seguimos, y al cruzar Alfonso XI, aparece muy próxima la fachada del Museo del Ejército. El callejeo tiene gran amenidad. Si nos fijamos en los edificios los vemos de gran interés. Gran variedad, dentro de una impronta, común a casi todos ellos, de buena arquitectura. Nos damos cuenta que los arquitectos que intervinieron en la construcción de todos esos edificios eran de valía. Para mí, el nombre de casi todos ellos permanece en el anónimo. Todavía no debían de ser tiempos de obras colosales y originales, cueste lo que cueste. Todas las fachadas—a nosotros así nos lo parece—están muy bien, las unas junto a las otras; no se advierten disonancias. Es muy posible que sea el paso del tiempo el que haya obrado este milagro de acordar composiciones tan variadas, uniéndolas bajo este denominador común de medida y buen gusto. Es posible, repito, que así sea; sin embargo, ¿ocurrirá así, cuando pase el tiempo, con algunos de los ambientes urbanos que hoy realizamos?

Hemos llegado a la calle de Alfonso XII, por la cual vamos a dar un paseo. Vemos la entrada al Retiro, con su importante escalinata, y nos acordamos de los equilibrios que tendrán que realizar las mamás para

penetrar en el parque con algún retoño, de los que van en cochecito. Para estos casos está ya inventado: se acostumbra sustituir en una zona de la escalera los peldaños por rampa, y de esta forma los cochecitos suben fácilmente. Es una idea que brindo la realización de tan sencilla obra, por otra parte muy funcional. Lo mismo debe hacerse en las aceras, ya que los pasos de carruajes se hacen rebajando los bordillos de las mismas, y éstos también son carruajes, aunque más entrañables. Lo que resulta curioso es que en otros sitios de Madrid se hayan realizado estos pasos para los coches de los niños: calle de Alcalá, frente a San Manuel y San Benito; calle de O'Donnell, frente a las Escuelas Aguirre, y aquí, no. Quizá sea para crear dificultades de acceso al parque y que de esta forma puedan circular más rápidamente los coches y los camiones. Pero hoy es domingo, primavera, y hace sol, lo recuerdo, así es que podemos cruzar fácilmente para descubrir una característica muy curiosa de esta calle que se me ha aparecido hace muy poco tiempo.

Las ciudades que se asientan sobre una topografía movida, caso de Madrid, tienen la característica de poseer perspectivas lejanas de interés. Los diferentes niveles en que se levantan los edificios y por donde se trazan las vías dan la posibilidad de esas vistas. Desde una ladera podemos ver las casas de los barrios situados en la opuesta. Las vaguadas las dominamos desde las calles más altas.

Aquí en Madrid yo tenía observado una cosa bastante curiosa. Es la siguiente: callejeando por su zona céntrica, cuando menos se lo espera el paseante, al fondo de la abertura visual que nos proporciona una calle que afluye a la que nos sirve de camino, aparece el torreón del edificio de la Telefónica. Esto es rigurosamente cierto, y lo mismo da caminar por Argüelles que por el Prado, que por la plaza Mayor: cuando más descuidado se está, ¡zas! ¡la Telefónica!...

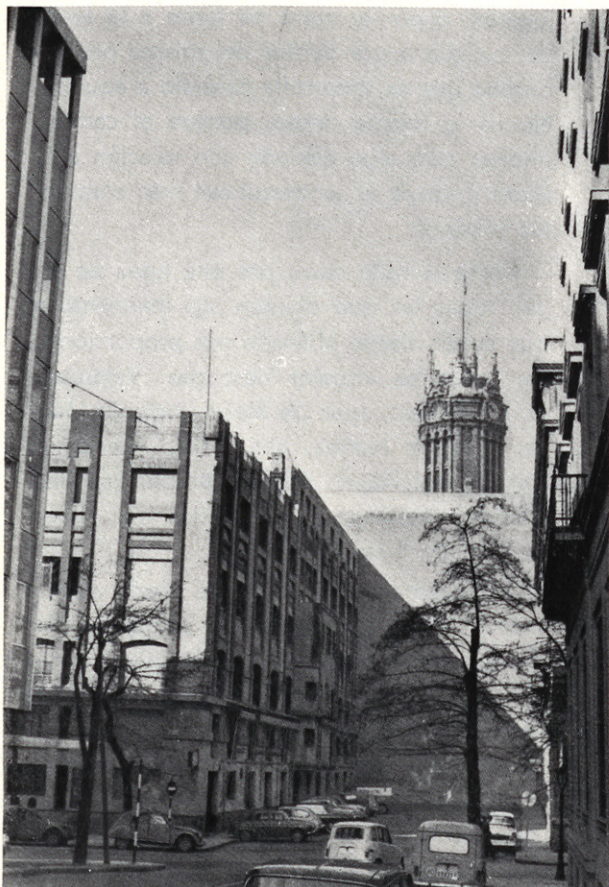
Desde la calle de Alfonso XII—resulta paradójico—no se ve la Telefónica; pero, sin embargo, tenemos las vistas más sorprendentes y variadas. Váyase lo uno por lo otro. Para hacer este ejercicio—pues de andar se trata—podemos hacerlo por dos

lugares: o por la acera de junto a la verja del parque o por dentro del mismo por un camino que se desarrolla paralelo a aquélla. No es lo mismo, aviso, porque el camino interior está algo elevado con relación a la acera y desde él se descubren más elementos urbanos.

Como la calle corre por una línea de nivel, todas las que dividen sus manzanas y que suben desde el Prado nos proporcionan las aperturas visuales deseadas. Valenzuela, Montalbán, Juan de Mena, Antonio Maura, Méndez Núñez, Felipe IV, Academia, Casado del Alisal, Alberto Bosch, Espalter, Claudio Moyano..., todas ellas nos sirven para el fin buscado.

Empezamos en la Puerta de Alcalá y echamos a andar. Conviene no contarle todo, me parece, por si alguno de mis lectores se decide a efectuar el periplo. Ya decía anteriormente que es muy importante para la amenidad del recorrido el factor sorpresa.

Adelantemos algo. Veremos la torre de Correos sobre una medianería; el torreón del Círculo de Bellas Artes, la cubierta del patio de operaciones del Banco de España, los caballos del Banco de Bilbao; los chapiteles del edificio de Rucábado, en las cuatro calles; obsesivamente aparecerá en varios sitios el remate del edificio de Almacenes Simeón; cúpulas de iglesias; en Antonio Maura una composición muy madrileña de medianerías que en Espalter se tornan en tejados y buhardillas... Las estupendas fotografías de Gómez, que ilustran este número de ARQUITECTURA, son más elocuentes que mi pobre prosa. El paredón que representa el edificio de Sindicatos; las cubiertas del Museo del Prado; el Palace y sus mansardas... En la calle de Méndez Núñez, el Museo del Ejército cierra en primer término con un plano de ladrillo parte del campo visual. Una composición muy jugosa de medianerías corona el conjunto: los cañones alineados al pie del Museo. Vemos los balcones de la última planta del número 12 de al calle de Ruiz de Alarcón. Quizá desde detrás de los cristales de algunos de ellos, en sus últimos años, don Pío Baroja contemplaría los verdes del Retiro, que, sin duda alguna, le recordarían a su natal Guipúzcoa, a la vez que le aquietaban las impaciencias que sentía por verse en Alzate.



Arquitecturas muy próximas geográficamente en la ciudad, algunas vecinas, pero muy distantes en cuanto a concepto. El frontón Jai-Alai—local en el que ya no se juega a la pelota, ni se practica la gastronomía—, mezcla de balneario y edificio industrial, jugando a las cuatro esquinas con el «neoclásico» del Instituto Nacional de Previsión, y el «muro cortina» de un edificio para oficinas que se remata por estos días, colindante con una fachada muy bien compuesta.



Ejemplos de buenas y sensatas fachadas de casas de balcones y miradores, muy madrileñas, y que podemos considerar como el fondo neutro de la composición arquitectónica del Barrio, sobre el que destacan otras fachadas más singulares e importantes, como la de la casa de la calle de Alfonso XII, que aparece en la foto de arriba. El rótulo del Hotel Ritz, de tan buena caligrafía,

